

Trujillo 20-01-15

TÓPICOS

Por Camilo Perdomo

camiloperdomot@gmail.com

@CamyZatopec

DE LA CRUELDAD DEL MORALISTA

<Esos moralistas, a los que les falta el amor por el conocimiento y que sólo conocen el placer de infligir dolor, tienen el espíritu y el aburrimiento de los habitantes de ciudades pequeñas; su placer, tan cruel como lamentable, en mirar al vecino al dedo y colocar disimuladamente una aguja para que se pinche con ella. En ellos hay una reminiscencia de la travesura de los niños pequeños que no pueden estar despiertos sin algo de caza y maltrato a los seres vivos o muertos>

El texto es de uno de los Psicólogos más interesantes que uno puede atreverse a considerar su maestro: F. Nietzsche. Aparece en su libro Aurora, 357-Tábanos morales. Lo traigo con la intención de mostrar lo dañino del moralismo haciéndolo circular como moral. Lo cual tampoco quiere decir que con ella el hombre no haya descendido a los sótanos infernales de la decadencia. En Aurora Nietzsche es un filósofo errante una vez que toma la decisión de abandonar su puesto de profesor en Basilea por su migraña. Son aforismos ordenados en cinco libros. Allí fue libre de ataduras institucionales y simbólicas (caso del músico Wagner, cuya amistad descubrió le hacía mucho daño). Leído a la ligera el texto no dice mucho de su objetivo: <Abrir una campaña contra la moral> Aurora no es sino un nuevo amanecer donde la soledad y los pensamientos se juntan a los fines de explicar cómo liberarse de los problemas. Es una obra cuya actualidad en el mundo postmoderno muestra su vigencia. Claro está, primero hay que admitir algunas claves: Dios ha muerto y sus asesinos andan sueltos. El hombre es algo que hay que superar, no transformar. Los valores no preexisten en el tiempo, sino que se transforman. La modernidad es algo que prometió mucho y cumplió poco; por ejemplo en el problema de la verdad y de la certeza. Hoy sabemos que la verdad tiene formas jurídicas con las cuales el moralista persigue a sus adversarios y luego lo justifica con ese argumento. Si usted no lo ve así, imagine estar en un mundo en guerra y sin embargo pensar que un llamado a la paz es suficiente para que los armados entreguen sus instrumentos de trabajo: las armas. Ahora bien, si usted por ingenuidad no admite esas claves, pues como dijo Cantinflas: <¡Ni modo!>. El moralista se apoya en el <Tú debes>, pero poco le importa el <Yo quiero>, que es donde toda moral hace aguas. Una lectura, desde este lugar a nuestro texto constitucional de 1999 nos muestra el número de veces que ese moralismo aparece y las pocas veces donde el <yo quiero> muestra su pertinencia. El truco no es otro que acomodar la moral en un marco jurídico donde se oculta el dueño de la verdad: el poder. Por ello el moralista recurre a sujetos metafísicos para no llegar a permitir que su decadencia quede en evidencia: la patria, el ser supremo, la felicidad, la alegría, el bien común, el interés del colectivo, la sociedad, el partido, el movimiento, la iglesia, la ideología. Toda una terminología vaciada de contenido y que sólo se sostiene también con palabras huera, vaporosas: lealtad,

compañerismo, liberalismo, democracia protagónica y otras parecidas. Con Aurora uno se encuentra con un punto de referencia para leer la vida con otro cristal y donde las tradiciones-costumbres se derrumban para visualizar una estética emergente del derrumbe e inversión de valores que se pensaron fuertes. Aquí es donde la pasión por el conocimiento considera a la práctica instintiva del humano una de sus vitales expresiones. Esta idea hoy, en nuestro medio, es extraña a la burocracia encargada del aparato escolar. Es demasiado pedirle a esos seres que viven invocando términos metafísicos la comprensión de este texto. Dicho de otro modo, aún hay docentes y funcionarios que no se termina de enterar que la postmodernidad existe, incluso se les amarra la lengua cuando pronuncian tal palabra. ¡He allí el detalle!